

el bajo normando arrojó al aire una de las monedas que llenaban su bolsa, y cayendo la moneda en tierra, se quebró como el cristal, porque era en efecto una mezcla de cristal, estaño y azogue. Alarmóse todo el mundo; pero el monedero falso había desaparecido. Toda la provincia se puso en conmoción, por todas partes se quebraba en las manos la moneda. Mandrin tuvo, pues, que renunciar por algún tiempo á su comercio.

Tres años se habían pasado en esta vida bastante triste, cuando el antiguo capitán de Mandrin volvió á aparecer en el país. Hizo decir á la familia de su soldado desertor que si este no se reunía al regimiento, le denunciaría sin dilación, y le haría castigar con todo el rigor de las leyes militares. Esta noticia, dada á Mandrin, le arrojó en un furor inesplicable. Después, conteniendo su violencia, se informó pacientemente de los hábitos del oficial. Un día que este último tenía que pasar por un camino que serpentea por bajo de la costa, se apostó Mandrin en el camino, con pistolas ocultas bajo su chamarreta. No bien vió venir al oficial, se llevó la mano al sombrero y adelantándose con aire humilde:—«No me perdais, señor, le dijo. Soy un pobre hombre que no quiere ni hace mal á nadie. No he podido soportar la vida militar, y haré, si es preciso, el sacrificio de una cantidad de dinero, para comprar mi licencia.»

Hablando así, indicó Mandrin al oficial una pobre cabaña.—«Aquel es mi asilo, le dijo; es la casa de mi madre. Tened la bondad de entrar en ella para arreglarlo todo. Yo haré lo que queráis.»

El oficial, no desconfiando nada, volvió la brida, bajó del caballo y se preparó á bajar la estrecha pendiente en cuyo fondo se elevaba la choza. Pero no bien se internó en el desfiladero, cuando sacando Mandrin una de sus pistolas, se la disparó á boca de jarro. El oficial iba acompañado de un criado que había cogido en la mano las bridas de los dos caballos. Mandrin se volvió hácia este hombre y le saltó la tapa de los sesos.

Enterróse á los dos cuerpos, vendiéronse los caballos, y el crimen permaneció ignorado é impune, y Mandrin continuó su peligroso comercio.

Entre tanto, el jefe de los monederos falsos tenía veinte y tres años. Bello como era, nacido para inspirar amor y para experimentarlo, había vivido hasta entonces en la vida salvaje.—Un día que corría por el camino real montado en su famosa yegua negra, encontró á alguna distancia de la villa de *Saint-Amour* á una jóven encantadora cabalgando en una mula y seguida de su criado. Al ver su basquiña de tafetan negro guarnecida de encajes y su toca de siamesa, y especialmente su aire y modales que revelaban ser de buena familia, no fue difícil á Mandrin adivinar que tenía á la vista una señorita de calidad. Acercóse, pues, á ella, y le hizo un cortés saludo. La noche se aproximaba y la jóven tuvo miedo de ver acercársele un desconocido en un camino real; pero Mandrin le hizo un cumplimiento con una gracia tan consoladora, que Isaura, tal era su nombre, no pudo rehusar su escolta hasta una pequeña aldea en que residía cerca de *Saint-Amour*.

Conmovido Mandrin con la belleza de esta jóven, no quiso dejar el país sin saber su nombre. Llamábase Isaura de Chavailles; su padre, cabeza de una de las mejores familias del Delfinado, había muerto recientemente, dejando dos hijas muy hermosas, la menor de las cuales era Isaura.

El amor se apoderó del corazón de Mandrin con una violencia singular: todas las pasiones se exaltaban hasta la demencia en este corazón de niño salvaje. Olvidó su industria, sus compañeros, lo olvidó todo, hasta la prudencia. Escribió cartas ardientes á la jóven Isaura, se le vió frecuentemente rondar, con el embozo hasta los ojos, alrededor de la morada de aquella, sin la cual no parecía poder vivir ya.—Isaura había mirado á Mandrin con bondad; no era insensible á su belleza, á sus altivos ademanes; pero Isaura tenía virtud: su bello desconocido se anunciaba como héroe de aventura, como amante mas que como marido; no contestó, pues, á sus cartas y rehusó sus regalos.

Mandrin así despedido, cayó en una sombría desesperación. Meditando un día cerca de la fragua, con la cabeza entre las manos:—«Maestro, le dijo Roquairol, uno de sus adictos, teneis el corazón herido; bien se conoce. No teneis gusto ya á nada, ni aun al peligro. Es preciso curaros y yo me encargo de eso.»

—«Si haces ese milagro, Roquairol, te nombro mi segundo. Mi lugarteniente no tiene esa vigilancia, ni esa feliz audacia que le distinguían en otro tiempo. Tuya es mi confianza, si puedo llegar al colmo de mis deseos.»

Mandrin refirió á Roquairol su encuentro, su amor y su desavenencia.

—«¿No es mas que eso? replicó Roquairol; no me es difícil adivinar á cuántos estais ambos en este asunto.—La jóven piensa en vos, pondría mi mano en el fuego, pues sería preciso que tuviera bien poco gusto para no haber distinguido á un caballero como vos. Pero ella es noble, y esto es lo que os perjudica. No se sabe quién sois, y se teme dar el corazón á un perdulario. Creedme, cambiad de nota. Desde hoy sois M. de Mandar; habláis á cada paso de vuestras grandes posesiones, de vuestros caballos; decid á cada momento mis gentes, mi equipaje. Si es necesario, haceis castillos en el aire, y dais á entender que vuestras intenciones son tan puras como vuestro blason; y ahógueme el diablo si no viene á buen camino la niña.»

—«Quiero creerte, dijo Mandrin, y voy á probar la receta; ¿pero podré fingir bien ese personaje?»

—«Nada mas fácil, maestro. Echaos un pequeño lacayo, que os diga, señor baron, temad un aire desembarazado y aun de importancia, esto no daña; mirad por encima del hombro todo lo que huela á plebeyo; no reconozcais á nadie; responded con monosílabos; acariciad la barba; estendeos en un sofá; levantaos de él bruscamente, tarareando algún aire; andad pisando en las puntas de los piés, sin apoyaros en el talon, lo cual hace el último patán, y hé aquí lo bastante para pasar por baron en una aldea.»